

Escribir el tiempo político: una ficción de 1848

Judith Lyon-Caen

EHESS, París

Resumen: Este artículo pretende volver sobre la cuestión de las relaciones entre literatura y política en Francia en el siglo XIX, alejándose de las perspectivas clásicas del compromiso o del desencanto que contemplan la política como el «exterior» de la literatura. El estudio de una «ficción de 1848», una novela por entregas escrita entre 1848 y 1850, permite comprender cómo la producción literaria, en su materialidad, sus motivos y las formas de su publicación, puede ser comprendida y trabajada por una temporalidad política que intenta representar. Se aborda, en este sentido, la compleja cuestión de la «adhesión» de los hombres de letras al régimen de Luis-Napoleón, considerado habitualmente desde el punto de vista de las tomas de posición de los escritores y raramente observado en el trabajo de la escritura novelesca. La contextualización precisa de la actividad y de los escritos literarios en el tiempo de su producción y de su publicación permite convertir estos escritos en verdaderos objetos para la historia y abre, de esta manera, la vía de una historia propiamente política de la literatura.

Palabras clave: literatura y política, compromiso, desencanto, novela, novela por entregas, revolución de 1848, Segundo Imperio.

Abstract: This paper intends to reconsider the issue of literature and politics' relationships in nineteenth-C France, departing from the traditional perspectives of engagement or disenchantment, where politics is always seen as the «outside» of literature. The study of a «fiction of 1848» —in this case a serial novel written and published between 1848 and 1850— allows to understand how a literary production, in its very materiality, in its specific patterns and forms of publication, could be

shaped by the political temporality which was, at the same time, the object of the representation. The paper then approaches the complex issue of the «gens de lettres» rallying to Louis-Napoléon Bonaparte regime, which is often considered by studying writers' explicit political positions and rarely observed in the fictional writing work itself. Precise contextualization of literary activity and writings in the time of their production and publication, by constituting these writing as plain historical objects, can open a new way for a properly political history of literature.

Keywords: Literature and Politics, engagement, disenchantment, novel, serial novel, Revolution of 1848, Second Empire.

La reflexión sobre las relaciones entre literatura y política en Francia en el siglo XIX está dominada, desde hace tiempo, por los grandes trabajos de Paul Bénichou. De la consagración del escritor como «poder espiritual laico» en el paso del siglo XVIII al XIX, a la exploración de las figuras del desencanto de los años 1840, pasando por el estudio de los «magos» y de los «profetas» románticos, la obra de Paul Bénichou ofrece el relato de un medio siglo largo en el que la literatura —lo que era designado como tal por los actores del pasado y que se ha mantenido hasta hoy— ha acabado desempeñando un papel muy destacado en la esfera pública, y en donde la figura del escritor ha obtenido un desigual prestigio. Centrado en el autor, la aproximación de Paul Bénichou describe formas de participación de la literatura en la política alrededor de la figura central del «mago», que pone su escritura al servicio de una «misión» política y social, ya sea un «político que escribe» antes, en o después del tiempo de la acción política, o bien un «poeta» que, desde «el nivel de su vocación», «en la articulación de lo ideal y de lo real», comenta los acontecimientos¹. El caso, extremo y único a la vez, de Lamartine presenta el de un hombre igualmente ocupado por la poesía y el gobierno que «s'est cru investi d'une même mission dans les deux domaines». Una tercera forma de escritura política, inferior, atañe a la actividad del «publicista», consagrado «plus ou moins selon les cas à la doctrine ou à

¹ Paul BÉNICHOU: *Les mages romantiques* (1988), París, Gallimard, 2004, p. 997.

l'action militante»². En esta historia, 1848 señalaría el final de una creencia compartida en este poder político de la literatura: «Déjà amers sous Louis-Philippe, [los poetas] ont pu croire en 1848 qu'il avait place encore pour l'espoir; ils ont déchanté, ils sont entrés dans une longue attente»³. Más allá de la ruptura de 1848, que marcaría así pues el final de una ilusión lírica, los trabajos de Dolf Oehler⁴ y la propuesta de teorización histórica del campo literario de Pierre Bourdieu en las *Règles de l'art* marcan un relato que iría de la retirada de numerosos escritos de la escena política en los inicios de los años 1850 hasta la emergencia de la figura moderna del intelectual al final del siglo XIX⁵.

Este resumen resulta evidentemente esquemático, pero sólo pretende evocar cómo se ha escrito en la mayor parte de los casos la historia de las relaciones entre literatura y política en el siglo XIX: una historia intensamente narrativizada y lineal, marcada por los flujos y reflujos del compromiso, que sitúa en escena a personajes de primer plano (los grandes escritores) o de segundo orden (los escritores menores, los publicistas) basándose en un canon heredado e instituido a la vez por esta misma historia, y distinguiendo tipos de escritura (literatura pura, poesía comprometida, doctrina, propaganda, etc.) que derivan a la vez de calificaciones de las formas de escritura literaria producida por los actores del pasado (escritores, críticos, comentaristas de todo tipo) y de calificaciones producidas más tarde y en otra parte (la categoría del compromiso, por ejemplo).

Las siguientes páginas pretenden proponer una exploración de la «política de la literatura» que no considera de entrada literatura y política en una relación de exterioridad, o que considera más bien que la evidencia de esta relación de exterioridad es, asimismo, el producto de algunos de estos escritos que actúan para separar

² *Ibid.*

³ Paul BÉNICHOU: *L'Ecole du désenchantement* (1992), París, Gallimard, 2004, p. 2007.

⁴ Dolf OEHLER: *Le Spleen contre l'oubli: juin 1848*, traducción francesa, París, Payot, 1996. Sobre 1848 cf., sobre todo, la síntesis reciente de Michèle RIOT-SARCEY y Maurizio GRIBAUDI: *1848. La révolution oubliée*, París, La Découverte, 2008, con una extensa bibliografía.

⁵ Pierre BOURDIEU: *Les Règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, París, Le Seuil, 1992.

las esferas: por ejemplo, en las memorias de «hombres de Estado», cuando el tiempo de la escritura sucede al tiempo de la acción, o cuando el *aura* poética, en Hugo o Lamartine, ayuda a la construcción de una legitimidad política. Explorar la «política de la literatura» de estos años centrales del siglo XIX, al margen del canon heredado y transmitido, de los grandes relatos y de las grandes figuras de escritores permite observar una multitud de escritos considerados en general como menores, incluso olvidados, como atrapados en un tiempo político que no cuentan ni comentan⁶. Escritos de todo orden —relatos, ficciones novelescas (aunque también podríamos tomar en cuenta, desde la misma perspectiva, todo un conjunto de productos teatrales relacionados con la «actualidad») — que no tematizan los acontecimientos políticos, sino que han sido moldeados por ellos y los trabajan a su manera.

«Política de la literatura». La expresión, como es bien sabido, pertenece a los trabajos de Jacques Rancière, que tratan precisamente sobre lo que «la littérature comme pratique définie de l'art d'écrire» hace de lo político⁷. La literatura como «mode d'intervention dans le découpage des objets qui forment un monde commun», «nœud spécifique entre un régime d'identification des mots et un régime de visibilité des choses», fenómeno propio del siglo XIX, tiene que ver con la política en lo que ésta rompe con toda relación de dirección determinada. Es una democracia de escritura en donde «l'écrivain est n'importe qui et le lecteur n'importe qui»; una «palabra» que circula horizontalmente y de la que cualquiera puede apropiarse. Jacques Rancière no rastrea en las novelas de Balzac, de Hugo o de Flaubert expresiones de una sociedad que se democratiza, sino la política de nuevas poéticas, de este nuevo régimen de significación en donde la literatura permite leer el sentido oculto de las vidas, inventa una hermenéutica social a distancia

⁶ Sobre un caso cercano, en una perspectiva distinta, cf. Jean-Claude CARON: «L'écriture des Trois glorieuses: héros et barbares dans le cycle des violences insurrectionnelles», en Philippe BOURDIN (dir.): *La Révolution, 1789-1871. Écriture d'une histoire immédiate*, Clermont-Ferrand-Vizille, PUBP-Musée de la Révolution, 2008, pp. 275-292. Para un análisis más literario de 1848 cf. Hélène MILLOT y Corinne SAMINADAYAR-PERRIN (dirs.): *1848, une révolution du discours*, Saint-Etienne, Les Cahiers Intempestifs, 2001.

⁷ Cf., sobre todo, entre las obras de Jacques RANCIÈRE: *Politique de la littérature*, París, Galilée, 2007, en particular las pp. 11-40 para todo lo que sigue.

de la escena política. «La política de la literatura», tal como aquí la entendemos, quisiera articular, con estas grandes proposiciones, exploraciones más de detalle teniendo en cuenta la acción política de escrituras literarias.

«Écriture sans maître ni destination», la literatura, en las primeras décadas del siglo XIX, es ante todo un escrito omnipresente en el mundo de lo impreso. La prensa está llena de literatura, de textos designados, producidos, considerados como literarios, relatos, ficciones, fragmentos poéticos, etc. Asimismo, una parte de los estudios literarios se ocupa intensamente de las múltiples formas de literaturización de la escritura de prensa⁸. Desde la Restauración, pero sobre todo bajo la monarquía de Julio, que vivió una verdadera explosión al mismo tiempo literaria y periodística, muchos escritos literarios (algunos de los cuales han llegado hasta nosotros separándose de esta dimensión periódica) tienen relación con la actualidad política, con los objetivos políticos más cotidianos; la producción de relatos, de ficciones o de poesías se encuentra vinculada con estas empresas políticas que son los diarios —socialistas o filantrópicos, católicos, legitimistas, gubernamentales, etc.—. Las modalidades de articulación de los distintos tipos de escritos en el diario son numerosas y variables, sobre todo en momentos de turbulencias políticas. Algunos lectores pueden identificar en las novelas por entregas la «política» verdadera de un diario; otros, en otros casos o según otras lecturas, insistirán más bien sobre las diferencias de temporalidad y de visión del mundo que marcan, en el seno del mismo diario, literatura y escritos del tiempo político. Constituyen el objeto de nuestra investigación estas modalidades de articulación, estas lecturas postuladas o efectivas, así como la producción de literatura en una temporalidad, en lugares y con apoyos políticos; todo lo que procede, en fin de cuentas, de la democracia de la escritura. Nuestra perspectiva se vincula, en consecuencia, con lo que tienen de político escritos calificados en su época como literarios y frecuente-

⁸ Marie-Eve THÉRENTY: *La littérature au quotidien. Poétiques journalistiques au XIXe siècle*, París, Le Seuil, 2007, y Dominique KALIFA *et al.*, Philippe RÉGNIER, Marie-Eve THÉRENTY y Alain VAILLANT (dirs.): *La Civilisation du journal*, París, Nouveau Monde Éditions, 2012.

mente percibidos siempre como tales, en las coyunturas concretas de su producción y de su publicación⁹.

Las páginas siguientes toman en consideración escritos producidos en una coyuntura política compleja —los años de la Segunda República—, que están en relación con el cambio político y trabajan el tema de la posición política, de las posiciones políticas de los escritores, en los mismos sitios en donde éstos son producidos: los folletines literarios de los periódicos políticos. Considerar estos escritos como acciones de escritura y de publicación que construyen una «política de la literatura», o una política en la literatura, significa desprenderse del gran relato de la historia literaria e implica un cambio de escala. Cada uno de estos escritos, en efecto, sólo puede ser plenamente comprendido como político por medio de una atenta contextualización. Esta propuesta de estudio de las «ficciones de 1848» va a consistir aquí en un estudio de caso.

Hemos querido interesarnos en una «novela de 1848», un largo folletín de Hippolyte Castille, *Les Ambitieux*; no siendo ni comprometido ni doctrinal, está punteado por escenas políticas y ofrece una determinación política elíptica y contradictoria. Producida a la sombra de la revolución de 1848, en una temporalidad en el curso de la cual cambia la posición política del autor (Castille se adhiere a Luis-Napoleón Bonaparte), esta novela se confunde con la profun-

⁹ Este estudio se inscribe en una perspectiva de análisis de los escritos literarios tomados en consideración como tales, en su dimensión de escritos (en el eventual recurso a procedimientos asociados a la idea de literatura, en su formalidad o su textualidad, en su inscripción, producida ella misma en procesos sociales complejos, en el seno de la historia «literaria», etc.), como objetos para la historia, es decir, como hechos —de escritura— que no documentan sobre fenómenos exteriores a ellos (la vida política y social de una época, pongamos por caso), sino que forman efectivamente parte de esta historia como «literarios» (producidos, concebidos, recibidos como tales, calificados o en ocasiones descalificados como tales en ciertas coyunturas, y que han llegado hasta nosotros, a veces, como producciones de literatura). Esta perspectiva, que toma en cuenta la literatura «situada» en el pasado y articula historia social de los escritos e historia de las prácticas de lectura, se inscribe en los trabajos del GRIHL (Groupe de Recherches Interdisciplinaires sur l'Histoire du Littéraire, <http://www.ehess.fr/grihl/>). Cf. Judith LYON-CAEN: *La Lecture et la vie. Les usages du roman au temps de Balzac*, París, Tallandier, 2006, y Judith LYON-CAEN y Dinah RIBARD: *L'historien et la littérature*, París, La Découverte, 2010. Cf. también Judith LYON-CAEN: «Histoire et littérature», en Christophe GRANGER (dir.): *A quoi pensent les historiens?*, París, Autrement, 2013, pp. 63-78, y el libro colectivo del GRIHL, *Écriture et action*, en prensa.

dididad de los acontecimientos y parece afectada de la misma opacidad que éstos podían presentar para los contemporáneos. Es precisamente teniendo en cuenta esta opacidad, que difumina el relato, ensombrece a los personajes, que se capta algo político al lado de aquello que se refiere a un explícito cambio de postura. Convirtiendo este escrito literario en auténtico objeto de historia (no como la expresión de un exterior político del que sería una traza o expresión), quisiéramos caracterizar aquí, en el marco de un pasado intencionalmente político, el de los años 1848-1852, lo que un escrito literario podía hacer o decir, como tal, de político, en un contexto en el cual la cuestión de la literatura política o la de la contribución de las obras literarias al cambio político son violentamente discutidas.

El caso de Hippolyte Castille: un radical «rallié»

Nacido en 1820 y fallecido en 1887, Castille es una de esas figuras de escritor de segundo orden bien conocido por los historiadores y nunca estudiado en los cursos de literatura. Se le considera, así pues, mediocre e interesante: polígrafo, a la vez que periodista y vulgarizador, siguió un itinerario político de una inestabilidad bastante trivial. Cercano a los socialistas en la década de 1840 —en 1848 firmó artículos con el seudónimo «Job le socialiste» en *La Révolution démocratique et sociale* de Charles Delescluze—, es uno de esos republicanos socialistas que se alinearon rápidamente con el príncipe presidente y se convirtieron, en el Segundo Imperio, en uno de sus apoyos «de izquierda». Castille es conocido por los historiadores por dos textos: su ensayo *Les hommes et les mœurs sous le règne de Louis-Philippe*¹⁰, que es utilizado habitualmente como un documento sobre «l'air du temps» de los años 1840, ya que está lleno de consideraciones sobre las mutaciones sociales, los resultados de la difusión de la educación, los perjuicios de la prensa y del folletín en los espíritus. Por otro lado, Castille es uno de los pocos escritores de su época que escribió sobre las «masacres» de junio de 1848 de las que fuera testigo. Castille constituye uno de los pocos que elaboró un relato detallado de aquello que ha

¹⁰ Hippolyte CASTILLE: *Les hommes et les mœurs sous la règne de Louis-Philippe*, París, P. Hannelon, 1853.

sido masivamente considerado, tanto en su tiempo como con posterioridad, como una ruptura, una elipse (se trata del famoso «espacio blanco» de *L'Education sentimentale* de Flaubert)¹¹, como el acontecimiento por excelencia del que no se puede ofrecer un testimonio. Lo publicó, en primer lugar, en su *Histoire de la Seconde République* (1854-1856)¹², y más adelante, aparte, con el título *Les Massacres de juin 1848* (1869), en un momento en el que su autor ha marcado distancias con el poder imperial¹³.

Por lo que a Castille se refiere, disponemos de un escrito biográfico publicado en 1856 en la larga serie de los *Contemporains*, de Eugène de Mirecourt. Este autor, que era un polemista próximo al poder imperial y de pluma feroz, considera a Castille como «uno de los principales escritores de su época»¹⁴. Se trata de una calificación, sin duda, equívoca, incluso francamente malvada, puesto que Castille nunca ha escrito nada que haya suscitado un auténtico reconocimiento literario. El interés del retrato que elabora Mirecourt se encuentra en el hecho de que intenta situar políticamente a Castille apartando toda la carga política de sus escritos: para evaluar su verdadera posición en el campo político no debemos atender a lo que Castille dice, sino a lo que su escritura hace. De esta forma, las «simpatías» populares de Castille son consideradas sentimentales, o irritantes, sin ser estimadas francamente peligrosas; su declarado jacobinismo, en cambio, encubre una verdadera utilidad política, que no es otra que la de ofrecer una imagen caricaturesca de la izquierda: en este caso la dictadura imperial ofrecería una solución autoritaria, en definitiva, menos terrible. ¿Pecaba Castille de ingenuidad? «M. Castille —comenta Mirecourt— pourrait bien être un fin politique qui s'affuble la peau du tigre en guise d'épouvantail.

¹¹ Maurice AGULHON: «Peut-on lire en historien *L'Education sentimentale*?», en *Histoire et langage dans L'Education sentimentale de Flaubert*, París, Société des Études Romantiques, 1981, pp. 35-41, y Carlo GINZBURG: «Déchiffrer un espace blanc», en *Rapports de force. Histoire, rhétorique, preuve*, traducción francesa, París, Gallimard-Le Seuil, 2003, pp. 87-100.

¹² Hippolyte CASTILLE: *Histoire de la seconde République française*, París, V. Lecou, 1854-1856.

¹³ Hippolyte CASTILLE: *Les Massacres de juin 1848*, París, Chez les principaux libraires, 1869.

¹⁴ Eugène DE MIRECOURT: *Les Contemporains*, núm. 53, París, Gustave Havaud, 1856.

N'exagère-t-il pas le principe à gauche pour qu'on lui en montre, à droite, l'application possible, sans la guillotine et sans Robespierre?». Castille sería aún útil al poder, sostiene Mirecourt, a consecuencia de sus descripciones de la corrupción de los años 1840, contribuyendo a mantener el descrédito de los orleanistas, que, una vez alineados, serían considerados demasiado liberales por algunas personas cercanas al emperador.

Mirecourt propone una explicación de esta posición, a la vez anacrónica, caricaturesca y útil, a partir del itinerario biográfico de Castille: esta adhesión decepcionada, casi involuntaria, se entendería a partir de una experiencia de hastío político. Hippolyte Castille se comprometió, en febrero de 1848, al lado de los socialistas, para vivir después algunas «decepciones» causantes de una «ruptura» con «los compañeros de los arrabales». La ruptura parece violenta, pero Mirecourt no le pone fecha: ¿se trata de junio de 1848 o tuvo lugar más adelante? En enero de 1849, Castille, «Job le socialiste», seguía firmando folletines muy radicales en la *Révolution démocratique et sociale*¹⁵. De ello nada nos dice Mirecourt. Llegó un momento, si seguimos a este autor, en el que Castille paró: «M. Castille mourrait de ce qu'il avait vu. Pendant six mois, il fut dans l'état d'un homme qui s'éteint». El escritor marcó distancias entonces; «ausente de las asambleas parisinas», se alejó durante «dos años de retiro» y regresó transfigurado: «Il reconnut pour l'heure l'impossibilité des révolutions honnêtes» y «la *Revue de Paris* publia du jeune auteur quelques articles remarquables sur la propriété intellectuelle, sorte de point de suture qui lui permit de renouer 1847 à 1852». Sutura del tiempo biográfico y, asimismo, sutura del tiempo histórico en la que Mirecourt, junto con otros¹⁶, trabaja intensamente al servicio del poder imperial.

¹⁵ Algunos fueron impresos y difundidos aparte como *La place publique*, París, Impr. de Lange Lévy, 1849, y *Le dernier banquet de la bourgeoisie*, París, Librairie rue Saint-André des Arts, 1849.

¹⁶ Toda una escritura de historia literaria se halla al servicio de la ordenación imperial de la producción y de la difusión de novelas; el propio Castille participa en ella, como ya se ha comentado, con su obra *Les hommes et les mœurs sous le règne de Louis-Philippe* y, en especial, con una serie de escritos sobre los orígenes literarios de la Revolución de 1848, preparados a iniciativa sobre todo de la Académie des Sciences Morales et Politiques. Ésta introduce en el concurso de 1853, en la sección de moral, un tema sobre la influencia de la novela y del teatro sobre

Una novela en la sutura del tiempo

A lo largo de estos supuestos «dos años de retiro», de los que no sabemos, si leemos a Mirecourt, cuándo tuvieron lugar exactamente, Hippolyte Castille escribió una novela titulada *Les Ambitieux*. Una primera edición del libro, parcial, vio la luz en 1851; una segunda, ya terminada, en 1852, en cuatro tomos¹⁷. Una novela larga, una enmarañada intriga, personajes estereotipados, un amor al principio imposible y finalmente colmado —nada que llame demasiado la atención excepto que la novela, escrita y publicada entre 1848 y 1852, narra en efecto una historia política—. Al leer esta historia quisiéramos hacer recuperar una literatura «política» que no concierne ni al compromiso ni a la doctrina, pero que plantea, en el lenguaje de la novela, la cuestión del compromiso, del desencanto y de la salida de la experiencia política.

Se trata de una trivial historia de herencia: en 1818, a punto de morir, la baronesa de Offenbourg, nacida Lambrun, promete su fortuna a su sobrina Louise, que entonces tenía cuatro años, hija de su hermano muerto en el campo de batalla al servicio del emperador. Cuando sea mayor de edad, catorce años más tarde, la joven va a recibir una inmensa fortuna con la condición de que elija como esposo a uno de los cuatro sobrinos de la baronesa, hijos de sus hermanas: Jules Verrier, un joven inteligente que va a dedicarse a la política (convirtiéndose en una figura del orleanismo oportunista y corrupta); Alexandre Chabert, que está iniciando por aquel entonces una carrera militar; Eugène Renault, que hará fortuna en el

las costumbres privadas y públicas en los «veinte últimos años». Las memorias críticas, algunas de las cuales tuvieron mucho eco, analizan la Revolución de 1848 como la simple consecuencia de los excesos de la novela por entregas y de una deriva moral y política de la producción literaria durante los años 1840. Se trata de una manera de descalificar 1848, al tiempo que se hace un llamado al atento control de lo impreso (Eugène POITOU: *Du roman et du théâtre contemporain et de leur influence sur les mœurs*, París, Durant, 1858). Cf. Judith LYON-CAEN: «Remettre le monde en ordre: les académies et la question de l'influence de la littérature sur les mœurs dans les années 1850», en Hélène MILLOT y Corinne SAMINADAYAR-PERRIN (dirs.): *1848, une révolution du discours*, Saint-Etienne, Les Cahiers Intempêtes, 2001, pp. 27-45.

¹⁷ Hippolyte CASTILLE: *Les Ambitieux*, París, Impr. de Didot, 1851, y París, P. Permain et Cie, 1852-1853, 4 vols.

comercio, y Noël Toussaint, de solamente diecisiete años en aquel momento, artesano y a no mucho tardar militante de la causa del pueblo. La intriga sigue los meandros de las luchas de todos estos hombres y sus esbirros, con la excepción del puro Noël Toussaint, por recuperar la fortuna de la sobrina, que en 1832 vive en el palacete de su tía en la Ile Saint-Louis, quai de Béthune.

En junio de 1832, los ejecutores testamentarios de la baronesa llegan a París para encontrarse con sus sobrinos; alojados en el hotel Lambrun, se encuentran inmersos en la insurrección que se produce tras los funerales del general Lamarque, a la que también asiste, fascinada, Louise. La transposición de junio de 1848 en 1832 es asumida de forma clara por el autor: «Louis-Philippe avait Bugeaud et la garde municipale. Bugeaud dont la mémoire sera éternellement excréée du peuple de Paris. Les lois de la presse ne contiennent point d'article sur l'excitation à la haine contre les morts. Nous pouvons donc haïr la mémoire du héros de la rue Transnonain en prose et en vers, sans craindre la griffe des procureurs». Bugeaud, así pues, en el lugar de Cavaignac y —en una transposición que mezcla varios episodios revolucionarios— la masacre de la calle Transnonain, en abril de 1834, por la represión de junio de 1848.

La noche de esta jornada revolucionaria, cuando el «ciel venait de se teindre d'une lueur sanglante», en el marco del retroceso de los insurrectos, Louise consigue salvar a uno de los líderes populares que está herido llamado Valentin; lo aloja en el hôtel Lambrun y lo cura. Nace entonces una historia de amor entre la sublime jovencita y Valentin, que no es otro que Noël Toussaint, pero que ignora totalmente su destino de posible heredero. Únicamente el amor aleja a Toussaint de la política: en su convalecencia relee a Byron con Louise, que lo compara con los valerosos héroes de las novelas de Scott. Pronto, desesperado ante la disparidad de condiciones que convierten a Louise en inaccesible para él, consigue alejarse de su dulce presencia, aunque sintiéndose incapaz de retomar el combate abandonado. Decide, en aquel momento, regresar al mundo del trabajo y retomar su vuelta a Francia de «compagnon». No se trata de un gesto político, sino de la retirada de un hombre amargado que, por vez primera, lamenta avergonzado «n'être qu'un prolétaire»¹⁸

¹⁸ Hippolyte CASTILLE: *Les Ambitieux...*, t. II, 1852-1853, p. 43.

y ya no tiene fuerzas para comprometerse políticamente: «Ma foi n'a pas chancelé —les cuenta a sus camaradas—, mais une faiblesse inexprimable s'est répandue dans tout mon être. Il est temps de me replier sur moi-même comme un soldat blessé qui rassemble ses forces». Asimismo, le escribe a Louise: «Je m'étais figuré que l'amour de l'humanité était assez vaste pour remplir le cœur d'un homme [...] Mon cœur est resté tranquille, tout rempli de l'amour collectif, jusqu'au jour où je vous ai rencontrée, et alors [...] j'ai compris que l'amour de l'humanité était trop ou pas assez pour nous, âmes souffrantes et avides, caractères composés, organisations transitoires, impuissantes à vivre dans l'idéal qu'elles se sont créées»¹⁹.

La lucha política vuelve, sin embargo, en la segunda parte de la novela, pero no en forma de una lucha actual, sino como horizonte: el ejecutor testamentario de la baronesa, Jean de Lutz, y su secretario, Christian, pertenecen, como Toussaint, a una sociedad secreta destinada a restablecer la fraternidad y la igualdad entre los hombres, los Redentores. Este complot humanitario le permite a Toussaint predecir que una «nueva revolución» tendrá lugar, una «revolución del trabajo», no insurreccional: «c'est assez de répandre le sang, il est temps de s'arrêter et d'en venir à des moyens plus humains». La imagen cara a los «compagnons» de la unión de los cuerpos de oficios aparece aquí como un medio «humano» de proteger a los trabajadores de las nefastas consecuencias de la competencia, al mismo tiempo que se les incita a producir. La novela propone un marco para la realización de esta revolución social: el castillo de Saint-Gall —en donde se vuelven a encontrar todos los personajes y Louise Lambrun puede casarse finalmente con Noël—, que se convierte en el paraíso de los trabajadores y toma por lema «la lima y el martillo».

Castille pasa, por tanto, de la transposición a la utopía: nos cuenta junio de 1848 relacionándolo con 1832-1834 (tal como lo hace Hugo, poco después, en *Les Misérables*), para desviar a continuación el relato de la experiencia política hacia un lugar novelesco (un castillo suizo o alemán, fuera de Francia, en la Europa soñada de las sociedades secretas, igualmente como se puede encontrar en las novelas de Sand, de Sue o de Dumas) y hacia un tiempo profé-

¹⁹ *Ibid.*, pp. 315.

tico: el matrimonio de Louise y de Noël en Saint Gall debe «annoncer l'ère bienfaisante où les armoiries de l'orgueil et du despotisme seront remplacées par celles du travail et de la fraternité».

La novela de Hippolyte Castille ha sido poco leída; forma parte, no obstante, en su versión de 1851, del corpus analizado en el gran libro de Dolf Oehler sobre las escrituras imposibles de junio de 1848. Oehler se centra sobre todo en Louise, que aparece, al final del primer volumen, como una Gioconda, una misteriosa figura de mujer: «alegoría romántica que flota por encima de las escenas de violencia» y «visualización, probablemente involuntaria, de un fantasma de la imaginación de 1848, una suerte de *coincidentia oppositorum* erótica»²⁰, «que pone de relieve la contradicción que se esconde en los corazones y las cabezas de aquellos que quieren mejorar el mundo». Dolf Oehler atribuye a esta contradicción unos orígenes sociales y biográficos: revelaría el «propio deseo imaginario y pequeño burgués» de Castille, un deseo al mismo tiempo revolucionario y narcisista que solamente puede «soñar» una ascensión en las altas esferas de la sociedad²¹. Pero sin poner en relación el escrito con un exterior del que éste constituiría la expresión (en este caso, de forma involuntaria, al contrario de lo que ocurriría en una interpretación en términos de intención), podemos limitarnos al escrito en lo que éste es: una novela escrita y publicada en una duración, esto es, la de la adhesión (*ralliement*) de Castille a Luis-Napoleón Bonaparte. Hacer referencia aquí a la adhesión no deriva de una interpretación, sino de una constatación: en enero de 1849 Castille aún escribe para Delescluze; en 1852 publica artículos en la *Revue de Paris* sobre la propiedad intelectual y prepara su ensayo sobre las costumbres en la época de la monarquía de julio. En esta temporalidad Castille inscribe otra temporalidad novelesca, que no es otra que la de la despolitización de la política, de su salida del tiempo histórico y del espacio real hacia un lugar imaginario y un tiempo profético en donde se abre una era de amor y de igualdad.

²⁰ Dolf OEHLER: *Le Spleen contre l'oubli...*, p. 181.

²¹ *Ibid.*, p. 182.

Literatura y revolución

Castille permite percibir lo que representa la adhesión (el *ralliement*) en el movimiento particular de la escritura literaria —en el seno de una ficción novelesca en la que la escritura se escalona en el mismo tiempo que constituye, para el autor, el de un desplazamiento político—. Sin embargo, en este agujero de 1848, cuya exacta localización oscurece Mirecourt, Castille ha sido, como se ha dicho ya, un activo periodista —y un periodista literario, ya que ha elaborado a fines del año 1848 y durante una parte del año 1849 el folletín literario de *La Révolution démocratique et sociale*—. Y es allí en donde lleva a cabo una reflexión, al margen de su actividad novelística, sobre las relaciones entre «las revoluciones y la literatura».

El 8 de enero de 1849 Castille publica, así pues, un largo artículo destinado en primer lugar a justificar la publicación de novelas por entregas en una hoja radical²². Puesto que la condena de la inmoralidad y de la debilidad estética de la novela por entregas parece asumida, quedando la novela por entregas asociada a las peores derivas del orleanismo terminal, el recurso a la novela por entregas solamente puede llegar por defecto: la reclaman los lectores y es necesario escribir y publicar algunas que resulten menos nocivas e, incluso, políticamente útiles. Más allá de esta justificación, Castille hace un esfuerzo por definir lo que será la literatura del futuro, la literatura nacida de la revolución («on a beau faire, il faut que la révolution s'accomplisse politique, socialement, littérairement»), y lo hace al final de una doble reflexión sobre el significado histórico de la actividad y de la producción literaria. Por un lado, Castille considera —se trata, sin embargo, de una idea muy extendida— que existe una correspondencia esencial entre el curso de la historia social, económica y política, y la producción literaria. Las coyunturas históricas crean formas literarias; de esta manera, durante el régimen constitucional, «politique mensongère», «naquit le roman-feuilleton, cette littérature d'estaminet et de cabinet de lecture, qui économise du temps et de l'argent, et qui devait, par conséquent, convenir à l'industrie et au négoce qui aiment le plaisir rapide et facile».

²² Hippolyte CASTILLE: «Les révolutions et la littérature», *La Révolution démocratique et sociale*, 8 de enero de 1849.

La novela por entregas, sin embargo, apareció en una época que ya estaba marcada por el debilitamiento literario, puesto que después de la Revolución Francesa, «France est en proie à toutes sortes de débauches politiques et parallèlement de débauches littéraires». 1792 destruyó, «et c'était sa mission»; 1848 debe construir, también literariamente. Pero la literatura, según Castille, parece asimismo dotada de una específica historicidad: resulta más lenta que el tiempo político —como mínimo, que el de la izquierda—. «Ici comme partout —explica el periodista—, la littérature n'accepte pas encore les conséquences de la révolution; elle se plaît à maintenir les conditions du régime déchu. Elle vote avec la droite, et, pour parler franchement, avec la majorité. Mais de même que la droite actuelle était autrefois la gauche [la izquierda dinástica, que aceptaba el régimen de Julio], la littérature la plus avancée, la plus échevelée, le roman-feuilleton est, à l'heure qu'il est, un vieillard de la droite». Es en nombre de esta doble característica de la literatura, de mantenerse en el tiempo político estando a la vez desplazada, que debe llevarse a cabo una «politique littéraire» destinada a realizar literariamente la revolución, a hacer seguir a la literatura «la piste de la politique»: «Il faut à tous les citoyens le pain matériel et l'intellectuel; que la politique choisisse les moyens qu'elle voudra, là est le but. La politique va donc être obligée de devenir *sincère*. Eh bien! la littérature à venir, elle aussi, sera sincère». Se trata, en este caso, de poner «pensées sous les mots, des corps sous la draperie»; de ofrecer para leer «du vrai», «du possible», «du sens commun», «de l'étude». La misión de un diario como el suyo, y su deber como periodista, serán desde entonces el de buscar nuevos autores, «novateurs sincères», y ejercer un magisterio crítico más atento a los «principes démocratiques et sociaux» inscritos en los escritos que a su «mérite littéraire».

Para Castille, en enero de 1849 la política de la literatura es, por tanto, un tema de convicción y de doctrina: las novelas por entregas deben expresar una posición clara que no esté desconectada del resto del diario. Es lo que otro colaborador literario de la *Révolution démocratique et sociale*, Auguste Carré, denomina, en la declaración inicial de un folletín que empieza en marzo de 1849 titulado *Les Tribulations d'un réactionnaire*, hacer novela «qui n'en soit pas». Al hacer salir a sus personajes del curso histórico actual en *Les Ambitieux* a fin de desplazar la política a un otro lugar y a una

temporalidad indistinta, Castille va a desconectar precisamente la literatura de lo político, procediendo a un desenraizamiento, a una despolitización explícita. El espacio de la novela se convierte desde entonces en el de una política separada de lo real —de la realidad de la lucha política, del tiempo de la actualidad política—. La adhesión tiene lugar en esta desconexión, en la que se puede seguir expresando, en una ficción, convicciones y doctrinas que no alimenten ya a la acción política. Esto puede ser denominado, efectivamente, insinceridad, pero hablar de insinceridad basándose en las palabras de Castille califica una forma de actuar políticamente escribiendo literatura que no demuestra ni compromiso ni repliegue. La insinceridad puede ser considerada una de las caras literarias del «ralliement». Puede verse aquí el interés, para comprender lo que de político hace Castille en *Les Ambitieux*, de poner en relación su escritura literaria a estos escritos casi contemporáneos que definen la historicidad y la propia naturaleza de la literatura política.

Las dimensiones de este artículo convierten en imposible una más amplia contextualización, que habría resituado las posiciones político-literarias de Castille en los abundantes debates sobre la política de la literatura en 1848. Resulta necesario, sin embargo, decir alguna cosa en este sentido, puesto que su desconocimiento perpetúa la representación de un 1848 literario como ruptura muda, desilusión brutal, movimiento de retirada que es, en realidad, el efecto de acciones historiográficas llevadas a cabo desde los años 1850, como las de Mirecourt, que cubren de sombras —o de blanco las páginas, como en Flaubert— palabras y escritos. Unas acciones historiográficas que, en su tiempo, tenían una fuerte carga política, ya que se proponían despolitizar la literatura, pero que han podido alimentar, más allá de la época de virulencia, la historiografía más distante, y frecuentemente de izquierda, que ha escrito la historia del final de «la ilusión lírica».

El tema de las relaciones entre revolución y literatura ha alimentado, sin embargo, numerosos debates, especialmente sobre la candidatura de algunos escritores a la diputación en el momento de las primeras elecciones legislativas en abril de 1848²³. En abril de 1848, la candidatura desafortunada de Alexandre Dumas apoyán-

²³ Nuevos debates tuvieron lugar en 1850 cuando Eugène Sue se presentó y fue elegido diputado del Sena como representante de la Montaña.

dose en su proyección de novelista y presentándose como un hombre útil, cuya obra daba trabajo a centenares de obreros del libro, suscita una violenta polémica con Proudhon, hostil, por principios, a la literatura y a los candidatos escritores. En un largo artículo en mayo de 1848 titulado «Ce que la Révolution doit à la littérature», en *Le Représentant du peuple*, Proudhon hace pública una voluntad de deslitteraturización del dominio público. Al ser la literatura «un instrument, incapable, à lui seul, de produire quoi que ce soit» y estando los «artistes de style» desprovistos de todo valor «soit d'utilité soit d'échange», ésta debe ser excluida del mundo de la acción y de las ideas, que, en el mejor de los casos, tiende a confundir: «On ne comprend plus rien à l'histoire depuis qu'elle est écrite par des rimeurs et des dramaturges; on ne comprend plus rien à la société depuis que les feuilletonistes et les romanciers en ont entrepris la description». Proudhon deniega, así pues, toda contribución real de los «littérateurs» a la revolución de febrero, que no prepararon ni pueden expresar «le but, les tendances, la loi», y que, además, no sabrán defender, justificar y vengar contra sus enemigos.

Dumas responde algunos días más tarde en *La France nouvelle*, afirmando que la revolución lo debe «todo» a la literatura —«elle lui doit tout le passé, elle lui devra tout encore dans l'avenir»— y estableciendo una lista de ideas, de obras, de nombres: «Tant de livres qui sont des actions, tant d'œuvres qui sont devenues des faits, tant d'idées vaillantes et hardies qui se tenaient debout sur les barricades». No obstante, Dumas guardará cierta amargura de su fracaso político inscrita en forma de «cicatrice au cœur» en el prefacio del *Collier de la Reine*, en diciembre de 1848, que tomaba el relevo de *Joseph Balsamo*, cuya publicación había finalizado antes de los acontecimientos de febrero²⁴. Esta «cicatrice au cœur» nos propone otra historiografía de la «ruptura» de 1848 que no es del orden de la sombra, del silencio o del eclipse, y que sugiere la necesidad de observar la marca del tiempo presente en el escrito literario; en este caso, la novela histórica.

* * *

²⁴ Cf. Judith LYON-CAEN: «Alexandre Dumas maître du temps?», prefacio en Alexandre DUMAS: *Joseph Balsamo. Le Collier de la Reine*, París, Gallimard, 2012.

Cicatriz en Dumas, desconexión histórico-política en la ficción o insinceridad en Castilla; cada escritor de 1848 podría haber sido, en sus propios escritos, un buen casi-paradigma historiográfico para designar y pensar acciones políticas de la literatura al margen de los grandes modelos historiográficos que han prevalecido y han convertido en invisible esta *política de la escritura literaria en tiempos revueltos*. En los *Mystères du peuple* de Eugène Sue, publicados entre 1849 y 1857, y conocidos por su condena en 1857, el mismo año que *Madame Bovary*, por ultraje a la moral pública y religiosa y a las buenas costumbres, encontraríamos una escritura de la continuidad y de la memoria revolucionarias que viene a desbaratar, igualmente, el modelo del compromiso doctrinal y su semejante negativo, la hipótesis del retiro desencantado. Intentar comprender la política del escrito literario y sus virtualidades historiográficas en el marco de contextualizaciones precisas de estos escritos en el tiempo de su producción y de su publicación nos parece, en definitiva, que abre una vía hacia otra historia política de la literatura, una historia política con la literatura.

[Traducción de Jordi Canal]